

CUANDO EL FUEGO PIENSA

por Ramón Mayrata

A

lo largo del año, el agua no ha apagado ese fuego sin llama que es la tierra. En la zona del Estrecho sopla el viento y aviva el incendio dorado en que se ha convertido la vegetación. Durante el día, la atmósfera saturada de luz aglutina los colores. Una blancura homogénea, amarilla, pálida, decolora los acebuches, algarrobos, lentiscares y zarzas casi secas. Sólo a la caída de la tarde reaparecen, como la fiebre, los verdes, los rosas, los violetas, los ocres.

Todas estas transformaciones están presentes en la materia prima que utiliza José Luis Tirado en su escultura. La paja es la atmósfera del verano que posee el tacto de la seda y el fulgor del topacio, a la que el rigor de la sequía ha sentenciado a la esterilidad y en la que los cuatro elementos -la tierra, el aire, el fuego y el agua- se amalgaman, suprimiendo las fronteras entre lo vegetal y lo mineral en una contundente sombra de carbón.

Para Tirado el hombre es una brizna más de la naturaleza. Todas sus alteraciones las percibe o tolera como un trozo de esparto, castañuela, barrón o cervero, las fibras de las que está hecha la escultura. Pero gracias a su capacidad de pensamiento, lo que ocurre y lo que le ocurre, provoca en él otra clase de efervescencia. Tiene la posibilidad de detener y prolongar el tiempo, que para su sensibilidad no es solamente atmosférico, erosión o desgaste, frescura o vigor. El tiempo del hombre posee cualidades morales y lo siente distinto

*Si la hierba que hoy está en el campo
y mañana es arrojada al horno, así la viste Dios...
San lucas, XII, 28.*

según la intensidad con que lo vive. El tiempo del hombre acarrea en sus espaldas el pasado y se prolonga, como su sombra, hacia el futuro. Nunca es un eterno presente como para la planta o el mineral.

Con paja ensimisma cincela Tirado la figura del hombre que piensa. En la paja percibimos la continuidad con la naturaleza y en el gesto su diferencia y singularidad. Su gesto es pensamiento. La cabeza, ligeramente inclinada sobre la sombra, vuelca en su meditación toda la fragilidad de la condición humana y también su corpulencia, tenacidad y firmeza. Es una visión esencial. El cuerpo no se distingue del pensamiento. Hasta la materia de que está hecho es en sí pensamiento descarnado, a la vista. El cuerpo camina dentro de sí mismo. La mirada se desliza en la sombra que no existe, como si penetrara en la entraña mineral de la tierra.

La actitud del perro es bien distinta. Pendiente del hombre, quiebra su soledad. El perro es acción. Desvinculado de su sombra, no piensa, pero comparte y, tal vez, presente.

Y es ese presentimiento el que reúne esta obra nueva con la obra anterior de Tirado. En su obra precedente, el barrunto suscitaba la intuición. En esta la intuición se transforma en pensamiento, detenido ante el misterio.

Julio, 1995

WHEN FIRE THINKS

by Ramón Mayrata

Translated by Joanna Crowson

*But if God so clothes the grass which is alive in the field
today and tomorrow is thrown in the oven...*

Luke, Chapter 12, v 28

Throughout the year no water has extinguished this earth of flameless fire. In the area of the Straits the wind blows and feeds the golden fire into which the vegetation has been converted. During the day the light saturated atmosphere blends the colours. A homogenous whiteness, yellow, pale, removes colour from the wild olives, the carob trees, the lentisks and the all but dried-up brambles. Like a fever, it is only towards the day's end that the force of the colours reappears: the greens, the pinks, the violets, the ochres.

All these transformations are present in the raw material which José Luis Tirado uses in his sculpture. The straw is the atmosphere of summer which possesses the feel of silk and the glow of topaz, which the rigour of drought has sentenced to sterility and in which the four elements - earth, air, fire and water - gather together, erasing the frontiers between vegetable and mineral in a powerful charcoal shadow.

For Tirado, man is another strand of nature. All nature's changes man perceives and withstands like a blade of *esparto* grass, a reed, *barrón* or *cervero*, the fibres with which the sculpture is made. But thanks to man's capacity for thought, what happens and what happens to him provoke in him a different type of commotion. He has the possibility of detaining and prolonging time. Time, for man, is not only atmospheric: erosion or wear, freshness or vigour. It possesses moral qualities and is experienced differently according to the in-

tensity with it is lived. The time of man hauls the past on its back and is projected, like his shadow, towards the future. It is never an eternal present like that of plant or mineral.

With self-absorbed straw Tirado shapes the figure of the man that thinks. In the straw we perceive his oneness with nature and in his stance his difference and singularity. His stance is thought. His head, slightly inclined over his shadow, overturns through its meditation all the fragility of the human condition together with its massiveness, tenacity and firmness. It is an essential vision. His body is not distinguished from thought. Even the material with which it is made is in itself bare thought, made visible. His body walks within itself. His look slides through the shadow which doesn't exist, as if penetrating the mineral entrails of the earth.

The attitude of the dog is very different. Awaiting a sign from the man, he breaks his solitude. The dog is action. Separated from his shadow he doesn't think but he shares and perhaps senses. And it is this intuitive sense which links this work with the previous work of Tirado. In his preceding exhibition foreboding provokes intuition. In this work intuition transforms itself into thought, halted before the mystery.

July, 1995